

JOAQUIN EDWARDS BELLO

INDICE DE CONTENIDO

VALPARAISO

Fantasmas



N A S C I M E N T O

samiento de la misma manera que la tradición de los oficios manuales preside la disciplina cerebral y los triunfos personales de millares de hombres.

El señor Valladares no cesaba de irritarme y pretendió hacer creer en mi nulidad absoluta y en mi estupidez. Consiguió producir en mi ánimo un estado de depresión y de desconfianza.

Confieso que nada puse de mi parte para integrar conocimientos que me eran antipáticos y cuya inutilidad para el género de vida que llevan millares de hombres es un hecho. El instinto me defendía de ponerme esa armadura pesada y de manejo difícil. El tiempo me dió razón, pero nadie me quitaría el sufrimiento de mi adolescencia. Pagué un largo tributo de felicidad a causa de esa rama. Cuando me llamaban a la pizarra, en dichas clases vedadas para mi intelecto, sufría lo mismo que el condenado a muerte. No encontraba mejor salida que hacerme el gracioso para salvar la dignidad. El resultado invariable se resumía en la sala de castigos, dantesco suplicio para el niño que ve morir la luz del día desde un rincón oscuro lejos de la casa. El recuerdo de la sala lóbrega, en el invierno porteño, me aparece como una brutalidad irrazonada. Ayuda a cultivar lo malo en el fondo de los niños. No es raro que nos iniciemos en la cimarra, en la mentira, en la rebeldía y el odio. El padre nos zurra; el profesor nos desprecia. Somos parias. El hecho de no entender las matemáticas basta para entenebrecer el horizonte del niño. Cuando falla una parte sola, un ramo solo, de manera decisiva, como a mí me ocurría, se derrumban de golpe el orden y la armonía del colegio; me volví alumno malo y perdí las ventajas de sobresalir en otros ramos. Es como el barco en peligro de naufragar a causa de un solo boquete, no obstante el buen estado general. La persona desmoralizada se complace en buscar amistades inferiores.

Mi padre notó la decadencia, pero en dicha época gozaba en pleno su euforia de respetabilidad; era perfecto y no es en ésta la clase de personas donde encontrará apoyo el caído, aunque sea el propio hijo. La perfección suele ir aparejada con la incomprensión.

—¿Qué te pasa? A ver dime: ¿qué te ocurre?

Su voz violenta apagaba la sinceridad a flor de mis labios. No le decía el secreto de mis inquietudes; era mejor simular y esperar.

Han pasado tantos años y a veces en la alta noche despierto sudando y acongojado; es la pesadilla de las clases del señor Valladares que vuelve como un sabor agrio del pasado.

Perpetua notó mis inquietudes y se convirtió en mi salvación, junto con una fiebre que celebré lo mismo que vacaciones. La idea de no ir a clases es siempre una fiesta, aunque el feriado provenga de terremoto, de epidemia o de muerte del Presidente de la República, como fué el caso de Errázuriz.

Perpetua había notado que me arrestaban con frecuencia. Me esperaba a la salida del castigo y pretendía protestar formalmente en casa del Rector. Tuve que correr tras ella y emplear enérgicas palabras para retenerla.

Cuando convalecí de la fiebre, después de permanecer en cama un mes, Perpetua tomó la resolución de visitar al señor Valladares, cosa que hizo de su cuenta.

Los episodios de entonces se me aparecen vivamente en la imaginación. Perpetua se presentó vestida de ceremonia; tenía en su maleta, para dichas ocasiones, un traje negro, adornado de lentejuelas y una capota del mismo color. Ninguna dama de la mejor sociedad podría verse más digna que ella. Las dormilonas de sus orejas realzaban su elegancia de la época y revelaban al mismo tiempo sus dotes de ecónoma; estaba pálida, con aquella singular gravedad del día de mi primera comunión y del ingreso en el Mac-Kay; en su labio superior sombreaba una virilidad apenas perceptible; sus ojos ligeramente tirantes, de grandes pestañas rectas y fuertes, eran decididos, sin apelación.

No dijo nada antes de salir, pero noté el cambio radical en la actitud del señor Valladares algunos días más tarde. El cambio se hizo más patente hora por hora y día por día. No sólo cesó de llamarme al pizarrón, sino que dió en conversar conmigo a la salida de las clases; su voz y sus maneras eran otras. Había desaparecido de su porte el empaque del hombre superior. Me preguntaba acerca de los trabajos de entomología a que mi padre se dedicaba.

El señor Valladares se habituaba a respirar el aire saturado a pasto seco y carbón de coque de nuestras calles, siempre alertas y viajantes, como estaciones. En su casa de la calle Independencia no

—¿No ve? Too tiene remedio, no hay pa qué poner cara e desconsuelo.

Después se puso de pie. La estoy viendo. Lenta y armoniosa. Su boca de labios algo oscuros; su pecho abombado muestrario de cruces e imágenes devotas; sus manos que hicieran brotar rosas y jazmines.

—¿No ve? —y me miró con sus ojos que el goce creciente henchía

Me puso las manos en los hombros. Esas manos hinchadas y picadas por las agujas, que me pegaron los botones y remendaron las chaquetas, me envolvieron con un vaho suave como el perfume sedante y adormecedor de la tierra.

Esta mujer casó con un hombre enfermo que la abandonó poco después; cuando entró a nuestro servicio era muy joven y tenía una criatura a la que bautizó con el nombre de Merlin, tomado del cuento de "Merlín el Encantador". Esta criatura le daba trabajo porque nació enferma. Era varón, contrahecho, casi ciego a causa de un mal purulento; la cabeza enorme estaba cubierta de costras rojizas que supuraban. En resumen, el Merlin no era encantador, sino monstruoso. Las esperanzas de Perpetua se desvanecieron, pero estaba animada de profundo espíritu maternal y derrochó mimos y ternuras con su engendro. Agotó sus fuerzas y sus ahorros buscándole remedio. Merlin era horrible, a tal punto que ella le escondía para que no le mirasen. Le ocultaba en la tosca cuna, entre tules y pañales. La enfermedad hereditaria de la criatura, al parecer, no provenía de Perpetua, sino del padre. Este individuo tenía cuentas con la justicia; fué una vez a Quillota y la amenazó. Mi padre intervino y le hizo salir. Más tarde cayó preso, implicado en salteo sangriento por el cerro de Los Placeres; sus cómplices, entre ellos un tal Narbona, murieron acribillados a balazos. El apellido del esposo de Perpetua era Neira, si mal no recuerdo. El engendro vivió dos años. El jardinero Manuel dijo que él estaba regando el jardín, en Quillota, cuando escuchó un gran grito y llegó Perpetua desgreñada, arañándose el pecho y gritando: "¡Se murió mi guagua! ¡Se murió mi pobrecito!" La consolaron con trabajo; mi padre sufragó los gastos del entierro porque no hubo velorio. Perpetua no permitió que miraran el cadáver; lo vistió y lo llevó al Camposanto en coche de alquiler. Después, pasados tres meses, parecía aliviada. Comenzó a engrosar. El niño había sido una pesadilla para ella. Cuando mi padre dijo que le concedía permiso para descansar, ella rehusó. No se movía de la casa sino para sus quehaceres y la misa. Me sacaba al Parque. Fué después de la muerte del hijo Merlin cuando empezó a contarme cuentos. Perpetua derivó hacia mí sus instintos maternales. Después todo cambió. Lo que pasó más tarde con Perpetua fué muy extraño. Yo había notado que la presencia de las criaturas bonitas la alteraba; no podía ver niños rubios y sanos en edad tierna sin que perdiera el paso, se le fuera el hilo de las ideas y quedara como embobada. Así ocurrió en Quillota, la primera vez que nos visitó doña Floren-

cia con su linda hija. "Es niña rica", dijo entonces y quedó profundamente preocupada. A ella la había vencido la crueldad de la vida en lo más profundo del orgullo femenino. ¿Estaría vencida? ¿Se habría entregado al destino? Esto lo veremos más adelante. Otras veces, cuando pasaban niños bonitos y emperifollados, decía que los hombrecitos no debieran ser lindos, sino fuertes y toscos, pero en estos detalles yo adivinaba su sensibilidad herida y no otra cosa. Tenía una muñeca grande, rubia, casi siempre recostada en su cama, debajo de los santos y de los cuadros del justo y del pecador.

Mas tarde comprendí que Perpetua quería tener hijo propio y bonito.

Una vez me miró de frente, en los ojos, y me preguntó con decisión y algo de tristeza:

—¿Si yo cometiera un pecado bien grande, me perdonaría el caballero?

—Pregúntele a él —le respondí con crueldad—. ¿Qué tengo que ver yo?

Perpetua se puso a llorar.

—¿Para qué hace preguntas tontas? Yo no la entiendo. ¿Acaso piensa robar?

—Con el favor de Dios no he robado nunca, ni menos al caballero.

Desde dicho incidente me pareció que cambiaba; su cara era más inflada; sus facciones, sus brazos y sus piernas entumecieron.

Desde entonces las mujeres se me aparecían como adivinanzas, con visajes amenazantes y tenebrosos. El hecho de que Perpetua fuera mujer igual a todas, susceptible de entrar en las regiones prohibidas, que hasta entonces reservaba mi mente para las actrices de zarzuela y las muchachas descaradas de los barrios bajos, me entristecía. Perpetua había hecho algo; si no había entrado ya por la puerta maldita de sus cuentos, estaba sin duda dispuesta para ello. Era una mujer. No podía enlazarla como antes.

Cuando fué doña Florencia a la casa, de sorpresa, un día lunes, mi padre llegaba de la oficina. Ella había estado esperándole en la antesala. Doña Florencia era, sin duda, una belleza en su apogeo; le miraba la piel, una piel lisa, tirante, como la porcelana de Saxe.

Los ojos eran aterciopelados, de un color violeta nada común. Entonces me vino la idea de encontrar una semejanza chocante entre ella y dos mujeres que hasta entonces miré con indiferencia, dos mujeres pintadas por el Tiziano y que estaban en sendos cuadros litografiados en la antesala. Era la misma carnación exuberante, la cabellera, los ojos, las manos. La madre de mi primer amor llevaba un aura de inquietud, de ansiedad. No se podía esperar cerca de ella nada vulgar, por eso me quedé suspenso, curioso, mirándola a hurtadillas. Habló de un "entierro" que, según decían, debía existir en la quinta de Viña del Mar. Ese día visitó a una adivina en el Cerro de la Mariposa y estaba en posesión de datos para comenzar las excavaciones. Según ella, su antepasado, don Moisés Lavinia y Albuquerque, el primer hacendado de Viña del Mar, había enterrado sus tesoros un año antes de morir.

—Figúrese usted —dijo—, que don Moisés Lavinia se puso muy avaro. Su lema era: "Un grano no hace granero, pero ayuda a su compañero". En sus últimos años vivía solo; hablaba raras veces y se hacía acompañar por unos perros enormes. No gastaba en ropa. Comía una sola vez al día. En sus cartas hay mención de mesas de oro de Coquimbo, de esmeraldas de Colombia y de cuatro candelabros de plata maciza. Nunca se han encontrado. ¿No le parece muy extraño?

Diciendo así soltó una risa penetrante que hizo brillar sus dientes.

—Es forzoso —añadió—, que la fortuna de don Moisés se encuentre en alguna parte. Y esos ruidos de cadenas de noche, esos quejidos que se oyen a las doce. Basta decir que ninguna sirvienta se atreve a dormir más de una noche en el cuarto del patio. ¡Ni los hombres se atreven!

—Serán ratones —replicó mi padre con su sonrisa helada.

Doña Florencia no hizo signos de contrariedad, como si las reflexiones de mi padre la tuvieran sin cuidado. Le miró con sus ojos calmosos y continuó diciendo:

—Es natural que los españoles, los patriotas y los frailes, enterraran tesoros en las épocas de persecuciones. ¡No había bancos!

—Ajá. En efecto, así podría ser.

Pocos días más tarde sucedió algo semejante. Me parecía el momento más intenso de mi vida cuando llegaba doña Florencia y me encontraba solo. Llegué a tomar interés turbio y agradable en sus intrigas y me atreví a mentir; le dije que Perpetua hablaba cosas de ella, pero no logré enterarme de la clase de cosas que quería que Perpetua dijera de ella, por cuanto parecía poner empeño en que el caso fuera verídico. Cuando aparecía Perpetua ponía una cara hipócrita; se hacía como que no daba importancia a su presencia, pero la observaba a hurtadillas. Llegaba muy pintada, al punto que me pareció ser verdad el asunto del esmalte que las damas ricas se iban a poner en París. No hallaba qué decirle, para no hacer daño a la pobre Perpetua, en cuyo espíritu recto no podrían entrar las rarezas de mi tía, como yo llamaba a doña Florencia. El caso es que mi tía se excitaba en ese juego incomprensible para mí y yo también comenzaba a tomarle apego, sin comprender de qué se trataba. El solo nombre de Perpetua parecía que la excitaba fuertemente; sus ojos cambiaban de expresión, se ponían enormes y turbadores; a veces sus manos se crispaban. Un placer malsano, de gusto incomprensible, me invadía cada vez que hablábamos de eso. Poco a poco comencé a darme cuenta de que a doña Florencia le agradaba que hablaran de ella lo más mal posible aunque esas habladurías sobrepasaran los límites de lo razonable. Ella misma provocaba la pelea para que la odiaran; deseaba apasionarse en una intriga, comenzando por crearla con los procedimientos más toscos; me tiraba la lengua para que yo siguiera el orden de sus procedimientos; inventaba ella misma la clase de chismes que debían cundir y convertirse en públicos.

—En adelante te voy a tutear —me dijo—. Tú eres un muchacho robusto, un hombre. ¿Qué libros te gusta leer?

—“Rocambole”, “El Nido de Cigüeñas”, el “Quo Vadis”.

—¿Tú lees el “Quo Vadis”? —me preguntó.

Desde entonces tuve conocimiento de los estados de ánimo que en lenguaje popular llaman "lunas". La luna influye en las mareas del mar y de las sangres. La luna dirige sobre la tierra sus rayos pálidos y al cabo de ellos estamos los mortales a manera de fantoches manejados por el titiritero.

Las lunas de doña Florencia eran peligrosas. Entonces yo no sabía lo suficiente para percibir la causa de las pasiones extravagantes que la dominaban.

Cuando no estaba con la luna llegaba vestida sin ostentación ni pintura en la cara; cuando estaba con la luna se le conocía desde lejos en los ojos excitados, en los trajes ceñidos y las ideas que le hervían en la cabeza, siempre a propósito de lo mismo. Muchas veces creí que se burlaba de mí, pero convine en que se trataba de un caso especial, no anormal, porque no hay nada anormal en el mundo; hay simplemente casos distintos de los comunes. Lo anormal es lo natural fuera de nuestro alcance. Siempre le daba por lo mismo, esto es, por pretender que la gente se burlaba de ella. Los "casos" de esta clase buscan personas a propósito para que colaboren con su manía. La señora Florencia me tomó de "medium". En efecto, me hice su colaborador y en esas ocasiones, cuando el astro ejercía sobre ella su influencia maligna, le daba a entender que en verdad ella era una pobre dama y que todo el mundo la tomaba como blanco para burlas y sarcasmos. Procuraba llegar a casa cuando estábamos solos Perpetua y yo. Su psicosis era aguda hasta el punto de sugestionarse ella misma y sugestionar a quienquiera que la escuchara. Era verdad que el vulgo echó a correr que se "esmaltaba", pero solamente las personas ignorantes podían creer tales cosas. Bastaba verle su rostro de cerca para comprender que se trataba del uso de afeites en un cutis naturalmente hermoso y suavísimo. Por otra parte, ella disfrutaba, casi sin darse cuenta, de la supuesta maledicencia pública. Si no hubieran pensado que fué a

Europa "a esmaltarse", ella misma lo habría echado a correr. Me excitaba hasta el frenesí su llegada y la idea de que un niño como yo pudiera dominar a esa mujer teatral y preciosa.

Dichas sensaciones, que felizmente duraron poco, me produjeron quebranto y en las clases lo notaron. Perpetua me miraba y decía suspirando: —"Bueno con doña Florencia". No sé si Perpetua comprendía cosas tan turbias y desconocidas para los nervios populares. ¿Creía doña Florencia lo que decía? ¿Sí o no? Jamás he podido averiguarlo. Se trataba de un vicio de su naturaleza. Cualquiera persona, conocedora del secreto de sus pensamientos, le hubiera podido sacar una fortuna con sólo aprovechar su estado de ánimo en tales momentos, porque ella era capaz de regatear en los almacenes, pero desparramaba la bolsa cuando se encontraba bajo las malignas influencias de su luna.

¿Qué era doña Florencia? ¿Un monstruo de perversidad o la niña ingenua e inocente a quien insuflaron la idea de un mundo prodigiosamente malvado? Mujeres así germinan entre las vírgenes frías de los claustros. Son extrahumanas.

Ese año, que fué oscuro y tempestuoso en el mar, sus nervios empeoraron. Llegó tan lejos en sus entusiastas invenciones como para escribirse anónimos a ella misma. Disfrazaba la letra, pero yo adiviné porque ella me comunicaba su aura diabólica y la presentía.

Recuerdo la primera vez que me leyó una de sus monstruosas cartas. Me llevó al rincón pecaminoso. Estaba linda, con una belleza maciza de diosa, parecida a las damas de los cuadros del Ticiano que ornaban el gabinete. Inundándome en sus emanaciones de dama coqueta, y temblándole la voz, leyó el "anónimo".

—¿Conoce la letra? —me preguntó.

—No.

—Debe ser persona ordinaria. Mire esa letra torcida, esa manera de hacer las eses, me dijo.

—En efecto.

—Debe ser de una sirvienta —dijo ella, dura y cruel.

No respondí. El papel contenía una colección de incoherencias, de insultos que, sin llegar a la procacidad, eran torpes, groseros, casi

infantiles. Había mucho de ingenuidad en doña Florencia cuando el astro jugaba con ella. Confieso, asombrado, que me parecía más femenina, más interesante y generosa en dichos estados. En cuanto llegaba a la casa conocía, nada más que con mirarla, si venía sin luna, porque entonces recuperaba sus aires de mandona, de terca y calculadora. En cambio, en su trance lunar, con sus ojos enormes de loca, con su voz tímida y cascada, me parecía infinitamente más joven, casi una convaleciente que necesitara de mi apoyo. ¡Pobre dama!

Después de leer el "anónimo" dos veces y de calcular el efecto que me produjo, mediante preguntas y miradas inquisidoras, sacó una caricatura de mujer con polizón, recortada de un periódico, y que, según dijo, venía junto con la carta y era alusiva a su facha.

—¿Verdad que soy así? —me preguntó.

Ese día necesitaba plata para comprarme patines y le dije que era muy parecida, aunque el dibujo representaba a una dama vestida a la moda de 1840. Era un figurín viejo. De todas maneras era verdad que se le parecía en las formas.

Se abrazó a mí. Lágrimas infantiles asomaron en sus ojos enormes y febricitantes; crispó el papel en sus lindas manos blancas, de largos dedos, y rasgó el falso anónimo. Estábamos en el rincón oscuro de siempre, a donde ella me llevaba para hacerme las confidencias. Entonces me ocurrió la cosa más extraña para mí, la revelación de algo que sería después el norte de mi vida entera. Sentí que las imaginaciones de doña Florencia y el hecho de ser yo el cómplice de sus presuntas desgracias chocaban y estallaban en un dolor voluptuoso, inefable, desde la nuca hasta los pies; un estremecimiento supremo, como si ella y yo fuéramos a morir de pronto, por inmersión en océanos de delicias nerviosas producidas por las confidencias satánicas de que yo era confesor y reo a la vez. Comprendí que ese estado de mi sangre era como el complemento de la luna de ella que se me entraba por los poros y pugnaba por salir en forma de corriente súbita. Me aferré a ella y estuve a punto de decirle un chorro de incoherentes piropos. La abracé con fuerza y estrechamos las manos hasta hacernos daño, al mismo tiempo que nos mirábamos en los ojos. Al fin se puso de pie y me pidió que no comunicara sus

LA HIJA DE DOÑA FLORENCIA

Por extraordinario que parezca, cuando cesó doña Florencia de hacerme partícipe de sus rarezas me invadió la tristeza. ¿Estaría enamorado de ella? No lo podría decir ahora ni nunca. Lo cierto es que su alejamiento me tornó irritable y taciturno.

Comenzó el verano; las gentes hablaban de los malos gobiernos, de la caída del peso y de la guerra anglo-boer. Los exámenes me tenían preocupado, cuando una tarde, en la calle de Victoria, vi a doña Florencia y a una niña parecida a ella, casi de la misma estatura que ella. No podía ser otra que su hija. Pasé audazmente a la acera por donde avanzaban para verlas pasar. En esa época cualquiera persona que no fuera de Valparaíso atraía las miradas en forma casi agresiva. La elegancia de doña Florencia y de su hija llamaban la atención de todos. La indiscreción nacional propia de cazadores se cebaba en doña Florencia. Confieso que su paso por las calles se tornaba en escándalo. Algunas mujeres se le plantaban con cinismo al frente para examinarle el rostro y hacían sus comentarios en voz alta.

Era la hora del té y seguramente estaban invitadas en alguna parte. La hija tenía puesto un traje oscuro de colegiala, ceñido y de buen corte, pero extraño. Era como alarde de extranjerismo. No se avenía con el gusto de las niñas porteñas, que ansían parecer mujeres antes de tiempo; llevaba un sombrero de paja grande, un canotier, adecuado para completar el estilo de colegiala. Me pareció encantadora; por la parte de atrás dos largos chapes, o trenzas, le llegaban hasta la cintura; el busto era ceñido por la blusa blanca, con cuello y corbata negra, flotante. La duda de que fuera su hija se desvaneció por completo: no podía ser otra que ella. Mi corazón latió aceleradamente. Ella, ella por fin. El ideal de mujer; doña Florencia en capullo, como miniatura de la madre. Era la misma que divisé algunas veces en el patio de las monjas cuando miraba desde las tejas de la casa enfocando el anteojo naval. En el instante de

cruzar el camino me sentí tan nervioso que apenas pude llevar la mano al sombrero para saludarlas. Yo conocía todas las reglas para saludar a las damas de la sociedad: les dí la vereda, detuve un poco el paso e hice una reverencia. Debí estar en un momento de hiperestesia sensual, como placa fotográfica en estado de impresionarse. No he olvidado los detalles, y no tiene mayor importancia para otro que no sea yo. Doña Florencia respondió a mi saludo de manera grave y agradable a la vez; Florita quedó sorprendida en el primer instante, como si dijera: "¿Quién es el mozalbete que nos saluda en forma tan aparatosa?"

Me puse a seguirlas y a espiarlas de lejos; al mismo tiempo se enseñoreaban de mi cabeza sentimientos confusos y contradictorios. La niña que acompañaba a doña Florencia y que se le parecía como si fuera miniatura de ella misma, era la niña de la quinta de Quillota. No la había olvidado. Era la misma criatura de piernas largas y finas que yo había sentado en el columpio del parrón. Era ella; estaba hecha una mujer. Los pensamientos encontrados, que se atropellaban en mi cabeza, eran de celos, de orgullo, de temor, de duda y de rabia. No hubiera querido que algún camarada del Liceo la viera, para evitarme la molestia de oír reflexiones comunes acerca de ella; me mordían celos anticipados. No había hablado seguido con ella y ya me parecía que era algo de mi pertenencia, algo mío, de mi cuerpo y de mis sentidos por derecho propio; experimenté el temor de que otro cualquiera le hablara antes que yo. Los sentimientos de hombre a mujer contienen rarezas de insondable origen.

En la hija creía ver la suma de los encantos maternos, la suma de las seducciones de doña Florencia, que tanto me habían excitado, al punto de hacerme perder el hilo de las clases. Florita era doña Florencia en miniatura, en forma inédita, virginal. Enervado por dichos pensamientos la seguí por diversas calles; entraron en la pastelería Kluggist, donde servían el famoso té Demonio, de Betteley. En el curso del espionaje no sabría decir si sus ojos me vieron; un momento creí sentir que su mirada resbalaba por mi cuerpo y me sentí derretido. Entonces los niños no dispersaban sus emociones; por lo mismo congregábamos reservas enormes y cualquiera incidencia, al parecer de ínfima cuantía, las movilizaba a la superficie.

Después de dicha alerta, la madre y la hija continuaron caminando lentamente, magníficas en su aura femenina provocante y triunfal.

Yo iba pensando para mí: "¡Si la gente supiera que tuve a esa dama entre mis manos, cuando me atraía para contarme sus secretos!" Estaba orgulloso de eso y al mismo tiempo lamentaba su indiferencia. Nada podía impresionarme tanto como la frialdad de doña Florencia. En esos instantes confieso que me sentía torturado por los más extraños y embrollados pensamientos. Detenido en una de las esquinas oscuras de la estación del Puerto, detrás de unos fardos y cajones, noté la admiración que provocaban la madre y la hija entre los héroes de los muelles. No podría repetir las proezas que dijeron mientras miraban con ojos de avidez las partes posteriores y las pantorrillas de la madre y la hija cuando hicieron un esfuerzo para subir los elevados peldaños del vagón de ferrocarril que esperaba a esa hora. A la vista de doña Florencia y de su hija los cargadores atléticos se transformaron en sátiros escapados del jardín de las Hespérides. El aspecto de los rústicos admiradores de doña Florencia me pareció brutal: sus labios gruesos, sus piernas velludas, sus sombreros ladeados y la visibilidad del corvo, segundo sexo de acero en la cincha roja de la cintura, esparcía un alarde de virilidad silvestre. Sobre todo uno, apenas vestido, con la carnes bronceadas y duras, se quedó mirando a la madre al punto que sus ojos maliciosos bailaban en las órbitas. Era el típico cargador, a pie pelado y con espuelas, de los carretones a la Daumond. El rostro del hombre, sus expresiones soeces, el olor a vino, a pasto seco y carbón de coke, las piernas largas y torneadas de Florita cuando subía las gradas del expreso, todo ello se embrolló en mi mente y excitó mis confusiones amorosas.

Doña Florencia sacaba pocas veces a la hija; era de esas madres que las guardan y las dirigen, como si en sus manos fueran cartas decisivas, para lanzarlas en el tapete y cobrar la basa final en el momento requerido. Se conocía que sacrificaba la juventud de la hija para darse fama de madre modelo que estuvo en París y aprovechó las lecciones quintaesenciadas de un mundo maravilloso. Sin consultar el gusto de la chiquilla le daba aires de jeune fille parisienne. Esta manía se echaba de ver en las trenzas, en los zapatos,

en la cabellera tirante de la frente y en el rostro resignado de la chiquilla. La voluntad de doña Florencia, que yo conocía, era potente. A su lado no cabían otra cosa que vasallos.

Aquella impresión de la niña amada, como mi alma la presentía, me revolucionó. Uno de los resultados de dicho estado de ánimo consistió en la aversión al Liceo, y se comprende, por cuanto el sistema es demasiado exclusivista para que uno pueda pensar en compartir los estudios con el amor, con el deporte, con el comercio, o con cualquiera otra cosa. Mis mejores amigos del Liceo pensaban en retirarse. Yo no me sentía con la paciencia y el estímulo necesarios para durar, para estudiar en conciencia y emprender el camino largo y costoso de una carrera liberal. La idea de conquistar a una niña excluía tales posibilidades y abría, en cambio, las rutas del comercio, de la compra-venta o la especulación, que entonces eran espontáneas y fructíferas. Desde ese instante mi actitud fué la de un rebelde que espera agazapado la ocasión para manifestarse y estallar. Me abandoné en una posición felina y me armé de paciencia.

Florita, egresada de las monjas, conservaba el aspecto de mema rica, pero algo hacía notar en ella los planes que su obstinada madre le reservaba. No era mujer doña Florencia para permanecer mucho tiempo delante de una persona de su dominio sin trazarle planes de conducta y mostrarle la meta preparada de antemano. Por medio de preguntas a mi padre, atando cabos y sacando conclusiones a través de desvíos e intereses simulados, conseguí saber algo de la historia de doña Florencia. Desde luego, su marido y el hijo mayor que estudió dos años para marino, habían muerto. Sobre la muerte del hijo corrían rumores siniestros. Mi amigo Stepton aseguraba que se suicidó. Parece que el pobre muchacho fué reprobado en los exámenes. Doña Florencia le hizo una escena de crueldad terrible; no le dirigió la palabra nunca más desde ese instante. Una tarde el cadete se fué al jardín y se disparó un tiro en el corazón. El suceso no alteró las costumbres de doña Florencia; pocos meses después recibía en su quinta como si tal cosa; encargaba vestidos a Europa y daba a su hija un aire de muñeca francesa. Más tarde la recluyó en un colegio religioso y partió a París donde estuvo poco tiempo. Cuando regresó parecía diez años menor; fué en esa época cuando le dieron el nom-

bre de Esmaltada. Siempre se demostró increíblemente joven y sin aire de madre; su cuerpo, los cabellos y la piel recordaban las pinturas del renacimiento italiano. Su estatura era elevada para una criolla.

Mi padre se obstinaba en el deseo de tenerme por alumno brillante; nunca quiso creer en la diversidad de mi temperamento. Yo era versátil y espontáneo; no podía servir para ingurgitar el Código y volverme un embalsamado en fórmulas jurídicas. No me atraían las actividades cerebrales de los alumnos lucidos y capaces de meterse fechas y definiciones textuales en la cabeza. Stepton, atrasado como yo, me ayudaba a rechazar el sistema concéntrico. Quería aprender a vivir en la vida misma. Le encantaba la alegría de las bombas de incendio y de la Bolsa. Si sonaba la campana de incendios durante la clase, se encabritaba lo mismo que caballo nervioso antes de la carrera. Curiosa mezcla de musas, de bombas y de números; en Stepton se congraciaban viejos atavismos de poetas, de piratas y de conquistadores.

—Poeticemos a Valparaíso —solía decir—, hagamos de la Bolsa un poema y del comercio un romance.

El contraste de Stepton hizo más pesado el fin de año escolar. Mi padre se empeñaba en “acostumbrarme a fijar la atención y no divagar”. Su estrictez redoblaba. “El Liceo es la quilla que ponen al barco para toda la vida”. Menudeando sentencias por el estilo me llevaba en la noche bajo su lámpara y me ayudaba a resolver los jeroglíficos de la educación concéntrica; quería que mis cuadernos, esos “espejos del carácter”, reflejaran el estado de un alma ordenada y limpia. Disimulando bostezos me mantenía inclinado para atrapar en una noche el experimento de los hemisferios de Magdeburgo y la manera de digerir del erizo.

Doña Florencia no iba a la casa. Otras preocupaciones la alejaban de nuestro lado, pero no así de Valparaíso; creo que visitaba las tiendas, acompañada de su hija. Era difícil que yo coincidiera con ella, lo cual aumentó mi tormento. Por un lado calentaba exámenes; por otro más fuerte calentaba mi primer amor.

Compré el retrato de ella en casa de Artigas; me valí de una mentira; dije que era mi hermana. Lo metí en el bolsillo del corazón

LA MISA

Es domingo. Lontanas campanas llaman a misa. Son campanas muy agradables. Perpetua está contando las señas porque es devota de alba. Ella dice que lo pasa mal si pierde su misa.

Los bronces religiosos mezclan sus armonías con los recuerdos de la víspera. Yo quiero ser otro desde que vi a la hija de doña Florencia. La presencia de Florita me ha trastornado; enorme perspectiva se dilata en mi espíritu. Es preciso que yo sea alguien. Quiero ser alguien y lo seré, para ella.

Aseguro que no me gusta ir a la iglesia. Hasta los diez años me producía espanto; la asociaba con los funerales y con la sala de castigos. Dicen que las iglesias son muy bonitas por dentro y por fuera. El señor Manso suele ponderar el estilo gótico, el mérito de la música eclesiástica y el arte de los pintores españoles de vírgenes y de santos. Sin duda, la iglesia se reviste de pompas artísticas, pero las transforma en ritual pesado y duro. Yo prefiero una zarzuela mediocre. El mes de María, que doña Rufina recita reclinada ante la imagen de la Virgen, entre flores, me es muy agradable. Mi confesor es amable e inspira confianza, pero la misa no me atrae. Sin embargo, voy a misa en el Espíritu Santo. Se trata de la iglesia más concurrida, en la plaza. El día no es claro y amenaza lluvia. Se perciben carreras de ratones en el entretecho. Perpetua suele decir que los días son siempre bonitos; lo feo está en nosotros.

Mi padre no va a misa. El domingo se queda en cama hasta las diez; se baña y pasa a su gabinete. He oído disertar respecto a curas con el señor Manso. No le agradó un sermón contra la casa real de Italia. Decía el cura que el príncipe heredero es impío. Según él, Dios le castigó en la persona de su esposa turca, de Montenegro, una especie de aldeana indigna del príncipe real. Mi padre no aprobó el ataque a la familia de Saboya. "Los sacerdotes no han de poner baza en tales cosas". Antes me llevaba a los Padres Franceses. Ahora voy solo.

LA AMIGA DE LA CASA

Doña María Rufina, a quien daremos en llamar Rufina, vestía mal; carecía de buen gusto y de tiempo para ponerse el manto con asomos de coquetería. Doña Juana Ross le mandaba entregar trescientos pesos mensuales y uno que otro saco de comestibles de sus fundos de Quillota. Era viuda y cargada de hijos pequeños. Es raro encontrar ahora personas como ella, abnegadas, agradecidas e invulnerables. Se le notaba la sangre española. Su fuerza residía en el descuido personal y su atención para los otros. Se olvidaba de sí misma para entregarse a sus hijos a quienes hacía ropas crecederas, con iniciales en R. para que fueran heredándolas. El mayor era tosco y sin gracia; bueno como el pan. Solía ir a verme para jugar, pero yo le sacaba el cuerpo. Su madre hacía un plato en la mañana y otro en la noche, abundante, para todos, cazuela o puchero, seguidos de algún postre. Los hijos no andaban siempre muy limpios; sin embargo, jugaban como les daba la gana, delante de ella casi siempre, y parecían felices. Es natural que los niños se desarrollen y no que sirvan de maniqués para probar la inteligencia y el espíritu de disciplina de los padres. Doña Rufina trataba a la única sirvienta como si fuera su amiga y no una india esclava. Desde la viudez de mi padre se había sentido atraída a él y se le ofrecía para ayudarle en la casa y en el cuidado de mi persona. No obstante estas particularidades podría dárseles de aristócrata con mayores razones que otra, a causa de uno de sus apellidos por la parte paterna, que era Sánchez de Verdejo. Doña Rufina había oído a su padre que uno de sus antepasados, un Verdejo y Pastrana, sirvió en las huestes de Carlos V y murió en la toma de Túnez. No obstante, como ocurre muchas veces en las sociedades que se transforman por destrucción de unas familias, que otras más nuevas desplazan, el apellido heroico había decaído y sonaba a ordinario y barato.

El valor de doña Rufina se concentró en el estoicismo para luchar en aras de la familia, proyectándose fuera de sí misma, lo

en el cerro. Algún día los muertos caerían sobre la ciudad. Temblaba de horror pensando que su cadáver pudiera rodar a la plaza del Orden.

—En Santiago ponen las tumbas en un parque, entre flores y ángeles de mármol —solía decir con entusiasmo.

En seguida detallaba las flores una por una, las enredaderas y el boj que encuadraba los jardines funerarios. Veinte veces repetía lo mismo, sin darse cuenta y con las mismas palabras. Su escasez de vocabulario y de ideas llegaba a molestar. Contaba un solo cuento gracioso con gestos de chilenuza antigua, creyendo que era un dechado de espiritualidad filosófica. A mi modo de ver era el colmo de la pavería y no hallaba qué cara poner cada vez que contaba su cuento.

El caso típico tuvo lugar después de cierta conversación entre Perpetua y yo. Se trataba de doña Rufina y yo le dije que tenía tanta gracia como una zapatilla vieja. Mi padre me oyó y me dejó sin salir dos días. Doña Rufina era la personificación de la zona pava y mortalmente aburridora de mi niñez. Me recuerda todavía el Parque en la mañana, con el orfeón que ensayaba una ópera. Desde entonces no puedo oír tocar "Guarani" sin experimentar una tristeza espantosa. En esa época unos suplementeros me escupieron un traje nuevo, sin que lo notara y por la espalda. Llegué a casa cubierto de escupos. Más tarde he comprendido que parecería muy bien con esa ropa nueva. Yo andaba muy derecho y displicente. Doña Rufina y doña Florencia supieron el caso al mismo tiempo, en el gabinete de mi padre. Doña Rufina suspiró. No dijo nada, fuera de compadecerme. Yo tenía siete años. Doña Florencia, pálida de ira, fulminó contra la gentuza villana. Odiaba a los pobres y solía recordar un incidente de la revolución.

—El 91, en la tarde del saqueo, se me presentó la cocinera con un desplante de asesina y me dijo: "¡Déme permiso para salir. Llegó la ocasión de los pobres!"

A mí me atraía infinitamente más doña Florencia que doña Rufina. Le hacía preguntas respecto de doña Florencia a mi padre. Cuando me dijo que éramos algo parientes fuí a mirarme en el espe-

Entre el hombre y la mujer habrá siempre diferencias astrales; aun en los más monstruosos casos de feminismo. Ahora, cuando la mujer invade los terrenos del hombre, ésta sigue siendo mujer y el hombre es siempre el hombre. Tratar de invertir este orden natural es un delito contra Dios y su creación. Además, es un pecado. El mandato divino para el hombre consistió en que mantuviera a la mujer bajo su dominio, sometida a las leyes naturales.

Una mujer millonaria invierte el orden fisiológico de las cosas y de la sociedad. Hay problemas esenciales que solamente los hombres pueden resolver. La influencia de mujeres en libertad suele engendrar errores profundos. Chile es un país de mujeres en libertad. El hombre se ha revelado invariablemente incapaz para dirigir las y hacer de la femineidad una fuente normal de energías, como ocurre en las naciones orientales y en las mediterráneas. Doña Juana Ross manejaba a su antojo el Banco más próspero del país. Su marido y tío fué un hombre de negocios formidable, dueño del monopolio del cobre. Una vez viuda doña Juana se convirtió en dueña de Valparaíso y manejó el dinero, como hacen casi siempre las mujeres, por estatismo y conservadurismo. La mujer es receptiva. América lo es en esencia y por eso las mujeres están más a tono con América que los hombres, cuya misión consiste en esparcirse, o darse, y no en recibir.

La casa verde de doña Juana, en la plaza, integraba la importancia prestigiosa de un cabildo, cerca de la ópera, de la policía, del Espíritu Santo y de un cuartel de bomberos. Orden que daba doña Juana en la Plaza iba a repercutir, como el trueno de Dios en el Sinaí, por los cerros, por los muelles y el Almendral. Todos los empleados de su Banco habían sido nombrados por ella directamente. Don Agustín Ross no estaba muy de acuerdo con su hermana; en todo caso tascaba el freno y hacía la vista gorda. Hombre de ideas británicas previó gran parte de los males que acarreó la victoria parlamentaria de 1891 contra Balmaceda. Don Agustín Ross luchó contra todas las corrientes corruptoras y pretendió sanear la moneda cuando los especuladores, los banqueros y las casas fuertes extranjeras ganaban cientos de millones precipitando la ruina de la moneda. Don Agustín Ross experimentó siempre una sensación de pesadez

EL GRITO DE IPIRANGA

Sería error tomar a Valparaíso por una ciudad artística. Al contrario. El puritanismo y el dominio de mujeres, enemigas de la imaginación, deben ser la causa de su ausencia de gusto por el arte. Otra cosa es el concepto de hombría falso que pretende hacer reñir lo utilitario y lo práctico con lo elegante y bello.

Nadie fué capaz de descubrir el talento de Darío en Valparaíso. El autor de "Azul" arrastró su genio en busca de los cinco pesos del puchero sin encontrar la comprensión cordial. Los pueblos sin imaginación carecen de juicio crítico propio. La gente porteña, de dinero, cree que un pueblo pequeño puede vivir pidiendo cabeza prestada a los mayores y más viejos. Se resisten a creer en una mente creadora nacional. La clase alta ha sido inmisericorde para destruir las artes populares mediante leyes, burlas y humillaciones. Se diría que la sociedad rica, de origen vasco-británico, no quiere ver en el pueblo indo-ibérico otra cosa que visajes viles, ridículos y corrompidos. Se resiste a ensayar la redención y purificación de la parte histórica y auténtica de América. Las mujeres son las portadoras del desprecio de lo más europeo por lo más oscuro. A fuerza de servir de blanco al desprecio y las burlas de los ricos, el pobre vive en estado de autosugestión de inferioridad física. En mi niñez la gente popular no osaba asomarse en los paseos ni en los espectáculos a la parte donde se ponían los ricos y los extranjeros. Los extranjeros aprovechan admirablemente el espacio abierto que les deja la lucha de clases en que ellos asumen el papel arrollador y triunfal. Chile prepara su propia destrucción como en un gallinero donde los gallos nativos pidieran la entrada de gallos foráneos más voraces y fuertes. Sabido es que el clima andino transforma al hombre. El chileno, lejos de purificar a la parte transformada y auténtica hace lo posible para humillarla y destruirla.

En mi niñez el odio de clases y el matonaje estaban en su apogeo. Este odio sobrepasaba la cuestión esencial de pobres y ricos, A

CALABAZAS

En el día caluroso pasó el tren por la cima frontera de la quinta. Los vagones toparon unos con otros junto con el mugir y el balar de las bestias que eran llevadas a satisfacer la gula de la ciudad, donde serían convertidas en filetes, en carbonadas y picantes.

En esa hora de horno las muchachas dormían la siesta o esperaban en sus patios haciéndose arreglos y peinados para lucir en la estación cuando el aire se volviera fresco y propicio.

Una vez pasado el tren la melancolía persistente de no tener un objeto preciso en la vida me invadió. Tales estados de ánimo eran cada vez más comunes en mí. Extrañas complejidades de la sangre se convertían en heridas internas. El Liceo, el clima, el no se qué de fatal en mi naturaleza me había transformado en un ser precoz, inclinado a la hiperestesia.

Lo más triste consistía en la imposibilidad de comunicar dichos estados, que a los ojos de los mayores pasan por manías o maldades. Mi padre se manifestaba contrario al cultivo de la imaginación, la cual, según él y otros caballeros de la época, era hermana del ocio y del fracaso. Me haría contemplativo, incapaz de acción.

Sin embargo, la inactividad en el campo, mejor dicho, la pequeña actividad a que podía someter a mi cuerpo extendía mis facultades imaginativas hacia panoramas enormes, donde había mujeres, castillos, caballos, partidas marítimas, juegos de azar y otras materias que entonces me parecían maravillosas. Agotado de tanto soñar imposibles me derrumbaba en la laxitud de las tristezas sin remedio.

Otra particularidad de mi naturaleza consistía en las súbitas hemorragias nasales; a veces colmaba de sangre el fondo de un balde.

Después de dichas sangrías, que ocurrían generalmente en las tardes, me inundaba la sensación del descanso. Las ideas fijas, o concentraciones mentales, de orden casi siempre erótico, tomaban en esos instantes un carácter más apacible, como si hubiera satisfecho absurdos y amorfos anhelos. La costumbre de asociar imágenes, en

me hizo tomarles un miedo intenso, a causa de las consecuencias que ellas determinan en la salud. Según oí de labios del confesor esas prácticas antinaturales conducen a la locura, a la tisis o la ceguera. En todo esto anidaban seguramente exageraciones o contradicciones, por cuanto los más adictos a tales prácticas diabólicas se distinguían por sus contexturas robustas y aspectos alegres hasta la agresividad. Sin embargo, atribuí el caso a las tretas de que el Malo se vale para envolver las tentaciones en aspectos seductores.

Poco a poco tomé el camino del cazador de abstracciones, que más adelante desemboca en el suntuoso portal de la literatura.

De entre todas las abstracciones que era capaz de atrapar, la figura de Florita se las ganaba a las otras en persistencia, en pureza y emoción. Se me presentaba junto con un golpe de la sangre en las raíces de los cabellos y la espalda. Florita integraba el amor alado; la Celimendi y sus congéneres asumían el carácter de tentadoras carnales.

¡Cómo esperaba la tarde en esos días de vacaciones! Desde el mirador oteaba el pueblo en la dirección de las casas, cuyos techos de tejas parecen cuncunas. Mi padre se iba al puerto. La costumbre de temer a los mayores desaparecía en las horas de vagancia. En la quinta del lado vivía doña Clotilde, la pianista. Podía saborearla de lejos, sin que ella se percibiera de mi presencia. Cubría sus formas un vestido leve, de percal; llevaba pantuflas rosadas en tanto peinaba sus cabellos negros, lenta y voluptuosamente, con el espejo en sus muslos gordos. Uno de sus brazos morenos y torneados sostenía la mata de pelo en su mitad caída, en tanto la diestra metía los dientes del peine con fuerza y a tirones para domeñar la rebeldía de su selva capilar. Un zumbar de insectos se elevaba de la tierra aletargada por la siesta. Doña Clotilde, sin sospechar que la aguaitaban, cayó vencida por su propio pelo y suspiró, mirándose las babuchas rosadas que provenían del almacén en la plaza. En seguida se puso de pie; tomó una flor de cardenal de una de las matas que había cerca, y las restregó en sus labios hasta darles colores excitantes. Hizo igual operación en sus mejillas y se miró la boca y los dientes en el espejo.

En vez de disfrutar de la vista de dicha mujer, el hecho de que no pudiera ser mía me irritaba de manera mortal. Se diría de ella

LA POTRANQUITA DE HIGINIO

La neurosis amorosa me dominó algunos días; iba seguido a la estación, para ver si ella pasaba en los expresos que van y vienen. Luego perdí la esperanza, y el olvido comenzó a reparar mi organismo. En ello tuvo parte muy importante el caballo.

En invierno la vida de ciudad entumece las condiciones campestres; por lo mismo, el aire de Quillota las despertaba de manera frondosa. Los cerros me llamaban y no hubiera abierto un texto del liceo por nada del mundo. El campo en las vacaciones, era la libertad; el orfeón municipal, el Liceo y cuanta cosa me recordara el tedio de la vida corriente, quedaba sepultado.

El caballo manso de mis primeros ensayos había muerto. Era preciso comprar otro.

—Anda donde Higinio —dijo mi padre—, y pide que te muestre caballos de silla.

Ardía en deseos de montar y lucir unas polainas y zapatos bayos, que olían como carteras rusas. Eran del Gremio marino, cornucopia de elegantes. Vestido de jinete me presenté en la caballeriza de Higinio. Era éste un hombre fuerte y moreno, de elevada estatura y bigote negro; vestía ropa usada de brin. No salía de la región; vivía entre las patas de los caballos, a los que herraba por sus manos. Era difícil entender su conversación, a causa de su costumbre de mover apenas los labios.

Me reconoció al punto en su media lengua. En seguida me mostró diversos caballos.

No hallé cómo decir a Higinio que no me gustaba ninguno. Yo llevaba de la ciudad una idea fabulosa de los caballos, y esos que él me presentaba eran feos, viejos, sin gracia, con las pelambreras en estado primitivo; parecían de la edad de piedra. Para un joven anhelante de lucir arcos y ropas inglesas resultaban desastrosos. Mi ilusión consistía en presentarme delante de las chiquillas a la hora de la chaya, displicente y magnífico, a manera de estampa inglesa

de carreras. Los caballos de Higinio actuaron como un chaparrón de agua sucia en mis candentes ilusiones: mansos, cansados, pasivos, en vez de pedir la montura exquisita de Lord Derby, llamaban a gritos las árguenas del vendedor de gallinas.

No me atreví a decirle mis impresiones al señor Higinio. En esa época mi espíritu estaba controlado en demasía.

Después de un rato, el señor Higinio me sacó de apuros; rió con malicia y dijo:

—Tal vez quiere un caballo más vivo.

—Eso mismo —respondí.

Otros hombres y mujeres de las caballerizas habían salido a mirarnos y sonreían de manera enigmática, sin mezclarse en la conversación.

—A ver, Manuel Jesús —dijo Higinio a un muchacho colorín. —¡Anda a traer la yegüita del potrero!

Después se dirigió a mí, para preguntarme:

—¿Es buen jinete?

—Regular.

El señor Higinio cambiaba de expresión; su mirada no era pareja. Si se dirigía a mí, era una; cuando lo hacía a sus familiares, era otra.

—Bueno, ésta que van a traer es medio encapotá —dijo—. Pero togo es cuestión de apretarle las verijas; si se da cuenta que la montan con julepe, pega un corcovo. Hay que chántarse bien en la silla pa sosegarla. Si usted le pone un saco a cualquier caballo se espanta; pero si le pone un hombrecito en el lomo, se quea como seda. Es como las mujeres... ¿qué no tiene mujeres usted?

No era tan lerdo como para no advertir la agresividad del hombre de campo, que se agranda en presencia del joven de la ciudad. Es como el caso del hombre sano, cuando, por instinto, endereza la espalda delante del encorvado.

Era lo que yo necesitaba para perder la timidez.

—Oiga, señor Higinio. ¿Tiene un caballo más decente que esos? ¿Sí o no?

—Sí tengo. Y si no le gusta ninguno, le pueo traer de Viña o Limache. Conozco toa la caballá di-aquí.

vi a un hombrecillo obeso con sombrero de copa y fiador, verdadero huaso de carnaval. Bebía aguardiente con leche en un potrillo.

—Le presento a Castelar —dijo Juanito.

El huaso gordo, de sombrero de copa, hizo una reverencia grotesca, bebió y gritó con voz torpe:

—¡Viva el Partido Radical!

La mujer detrás del mostrador era, según supe más tarde, inquilina del fundo de Juanito; buenamoza, de lindos ojos negros, delgada, con un moño enorme de siete vueltas. Castelar trataba a las personas de intendentas; a otras les decía tísicas.

Me dieron a beber un trago muy curioso que sirve de desayuno y también para componer el cuerpo: malta con huevos, aguardiente y azúcar. Este trago, según Castelar, se llamaba: el Código.

Juanito, cuyo carácter despótico se adivinaba, me trató, sin embargo, con miramientos. Me produjo el efecto de un caballero feudal y no le hubiera creído capaz de nada malo. Cuando sus ojos se fijaban en la intendenta, despedían rayos. ¿Qué misterio sería todo eso?

—¡Castelar! —gritó de pronto—. ¡Anda a buscar a la Carmela!

El borracho vaciló; intentó salir, miró a su amo con ojos vidriosos y se derrumbó de bruces junto a unos sacos de papas. Creí que se hizo daño y me disponía a ayudarle, pero Juanito se adelantó y noté que Castelar roncaba.

—¿Pa' qué le da a tomar tanto? ¡Pobre! Lo va a matar —dijo la intendenta con piedad.

Juanito Alzara sonrió de manera sombría y aseguró que los indios tienen riñón doble. "Pueden beber cuatro veces más que nosotros".

La intendenta entornó los ojos con tristeza y se dirigió al interior, de donde sacó unas mantas para tapar al borracho.

—Ahora —dijo Juanito— vamos a oír unas tonadas. Llama a la Carmela.

Un feroz ronquido de Castelar nos hizo temblar a todos. Había dado una vuelta completa en el suelo y dormía con los ojos abiertos, amoratado. El colero quedó encima de los sacos. Un asesinado con alevosía no tiene un rostro tan atormentado como el que vi a ese bufón. Al caer le había salvado de romperse la cabeza el ala del

pasó en tromba y me parece verme todavía ahí, poco después de comenzar el siglo XX, en la ventana del Hotel Melossi, abarcando con ojos silvestres la perspectiva de la ciudad que entonces había de parecerme sorprendente, distinguida y encantadora. ¡Cuánta tontería ilusionada pensé entonces, cuando me asomé en el balcón de la pequeña pieza de hotel, que todavía existe y que alberga una rama de la burocracia.

“¡Ah ciudad de ciudades, yo te domaré!” me dije como Rocambole cuando esparció sus miradas de halcón desde la colina sagrada sobre la inmensidad parisiense.

Si llegaron a ver la luz estas páginas no quisiera que los lectores condenaran la egolatría supuesta del autor. No hay tal. Creo que divulgo simplemente una vida, en la que abundan las situaciones grotescas, cerca de sus desplantes y de sus vanidades. Muchas veces he quedado en el mayor de los ridículos, y casi siempre mis pies se arrastraron por las interminables arenas del fracaso. Todo individuo dotado de salud y de un sistema nervioso fuerte pasó por las etapas más de entonces, cuando el recuerdo del primer desastre amoroso se entremezclaba con parodias de Rocambole, de Oscar de Marigny, de Napoleón, de Bolívar y de Prat. Pero entonces yo gozaba con la inefable felicidad de la esperanza. Los sentimientos de libertad, o de dominio absoluto de mis actos, eran superiores a cuanta pena por amor o nostalgia pudiera albergar mi corazón. Los recuerdos de ella servían de acicates a mis esperanzas.

De la cordillera mis ojos resbalaban a los árboles añosos de la Alameda y a los techos de las casas circundantes. Las caparazones oscuras de dos “agencias” semejaban parásitos dormidos al pie de su presa.

Dicen los entendidos que Santiago se parece a Granada; la sierra es la cordillera y el cerro es la Alhambra. Ambas ciudades cuentan con su Alameda, invariable paseo principal de las capitales andaluzas. Don Pedro de Valdivia debió creer en un milagro del apóstol matorros cuando vió surgir el valle fértil del Nuevo Extremo.

Preciosa mañana aquella en que el provinciano descubre a su vez la capital y la adorna con diademas de ilusiones. Cuanta cosa vemos explota en el corazón y suscita creaciones agradables, recon-

fortantes, ausentes del espíritu corrosivo y resentido que el hombre acumula más tarde.

¡Cuán poco trabajo me cuesta recordar aproximadamente la manera de creación silvestre con que me representé a la capital en esos días! El vibrar de las campanas en el aire matinal; las casas, o palacios de los padres de la patria, holgadas y sanas; los castillos árabes, el Concha y Toro, el Vicuña... la calle de Ahumada, cuyo nombre recuerda a un hermano de la Santa de Avila. Todo eso lo vi con unos ojos que ahora no existen. ¡Nunca más! Nunca más miraré esos palacios con el respeto sencillo que puso el adolescente de entonces; con la idealidad de encontrarse verdaderamente en su Bagdad prometedora. ¡Y cuánta elegancia creí notar en las calles! La puerta de la Fotografía de Heffer, la esquina de Huérfanos y Ahumada con la pastelería de Torres. La Casa Pra y la Casa Francesa. Docenas de niñas bonitas, recatadas, en parejas o cuartetos, delante de sus ayas o madres, pasaban por las calles y desafiaban las esquinas donde eran asaeteadas por los galanes, risueños y despreocupados, en la holganza de un eterno mediodía, como si todos se aprestaran a celebrar una bodas de Camacho... y el Santa Lucía, en su frescura de acuarela, era la cita de todos, o templo de Citeres donde la ciudad resume los juramentos nupciales. ¡Ah, sí! la ciudad exhaló una distinción inexpressable para mí.

Tenía nuestra capital un aire místico y recatado, mejor avenida con su nombre, que parece hecho con bronce de campanas de Colegiatas gallegas y de catedrales andaluzas. Santiago del Nuevo Extremo cobijaba entonces docenas de niñas parecidas a tanagras andinas, con sus soberbios mantos de espumilla, hermanos de los mantones de Manila.

En cierta parte de la Alameda la gente de la *haute* iba y venía en carruajes novelescos, tirados por caballos finos y lustrosos, como nunca viera antes. Entre los carruajes, de todas formas y arneses diversos con cocheros bien plantados, llamaron mi atención los que, según supe más tarde, se llamaban *tonneaux*, pequeños, circulares, a manera de juguetes suntuosos de jóvenes millonarios que los manejaban de manera *nonchalante*, mientras la gente no cesaba de pasar por el centro del pasco.

mamos aloja, no habló una sola palabra. De ahí se dirigió al hotel para dormir la siesta. En la tarde estaba muy alegre como si nada hubiera pasado y me llevó al negocio de una señora alemana que me compró una cantidad considerable de vino. En la operación gané más de quinientos pesos. Alquilamos una victoria de plaza y fuimos al Parque Cousiño, donde la aristocracia se daba cita en carruajes, sin bajar de ellos, como una exposición muda y solemne de visajes y de vestidos. El Parque era sombrío y agradable, con un gran cachet de distinción. En la parte central no podía faltar un restaurante, cuyo dueño era francés y donde los paseantes bebían licores o refrescos. Rara vez bajaban las damas de la aristocracia. Al caer el crepúsculo, con sus colores rojizos y nacarados, los carruajes de lujo abandonaban el Parque velozmente por la calle Dieciocho, frente a millares de ojos femeninos que se apostaban en los balcones para no perder el desfile. Al día siguiente repetimos el paseo. Yo iba con la sola intención de encontrar a doña Florencia y su hija. Bernal iba para encontrar a Mariette.

Dos trajes de Bouzigues, uno de color gris y otro a rayas en fondo azul, me daban considerable aplomo; usaba un sombrero de paja de Delaunay y zapatos de Pepay. Invertía la mayor parte de mi dinero en ropas, en carruajes y en copetines. Recuerdo que Bernal tomó un cigarrillo al salir del hotel y el fósforo con que lo quiso encender "se chingó". Entonces dijo: "Así es la vida de los hombres: unos encienden y otros se pifian; sin embargo, todos fuimos creados para encender".

Esa tarde ocurrió algo extraordinario. Bernal encontró a Mariette y yo vi a doña Florencia con su hija.

—Ahí va —me dijo Bernal.

—¿Quién?

—Esa, del victoria. Es Mariette.

Pasaba frente a nosotros, por el lado derecho, una mujer como de treinta años, algo excéntrica en el vestir. Iba negligentemente recostada en los almohadones de un carruaje de alquiler como el nuestro. Su rostro era bonito y al mismo tiempo triste y resignado. Su atavío de mujer teatral acaparaba las miradas de las damas un

EL CAMARON SONRIENTE Y LA PRIMAVERA DE LOS MUERTOS

Mi vida en Santiago fué, desde entonces, poco recomendable: me aficioné al juego de poker, entre amigos. Era éste un juego nuevo, en que interviene la malicia; perdí el dinero y comencé a endeudarme. Además del poker entre amigos, frecuenteé un garito que estaba situado en la calle Puente, cerca del Mapocho. En este garito, al que fué introducido por Bernal, iba gente de cuidado. No obstante su carácter, el gerente y mangoneador del juego, se llamaba Cordero; era un hombre de cincuenta años, grueso y moreno, de voz bronca y ademanes brutales; trataba con respeto a ciertos jugadores de su misma edad, los que ganaban casi siempre. Entre ellos imperaba don Pancho, fundador de un partido político “del pueblo y para el pueblo”.

Nadie nos había preguntado por nuestra edad en el garito; sin embargo, cuando ganábamos, les daba por hacer bromas sarcásticas alusivas a nuestra juventud. Bernal no tenía miedo. Le vi dar recias bofetadas a un tipo bastante más fuerte que él; le tendió en el suelo y esperó que se levantara, pero el tipo no insistió.

Me había retirado del Hotel Melossi, para irme a otro más barato; estaba situado cerca del garito, en la calle Sama. Alguien me lo había recomendado por bueno y “divertido”. Se llamaba Hotel Cleopatra; ocupé una pieza interior por dos pesos diarios, cuya ventana daba al patio oscuro, cubierto de desperdicios, entre ellos una máquina de coser, rota, salvada de incendio; un maniquí despanzurrado, escupideras desfondadas y otros trastos.

La servidumbre del hotel había bautizado ese patio con el nombre de “barrio latino”. Yo solía llegar tarde, a veces al amanecer, cuando cantaba el gallo y la cocinera partía leña con el machete. Me dormía como en el mejor de los mundos y a veces abría los ojos, presa de sobresalto. Era efecto del reloj despertador de un vecino español que trabajaba en la agencia “El Cañonazo”. Me dor-

mía de nuevo, hasta las tres o cuatro de la tarde. No quería pensar en nada, porque mi derrumbe era cosa para hacerme subir nudos a la garganta; estaba pasando mi vida por un terrible paréntesis, en el cual no cabían las imágenes venerables de mi padre ni de Perpetua, ni la radiosa figura de mi primer amor. Lo importante era salir pronto de dicho rincón arestiniento. ¿Cómo haría? No lo sabía, pero algo como secreta esperanza acariciaba a mi remordido corazón. Además de la ventana, el cuarto donde descansaba de las correrías nocturnas, tenía una puerta "condenada" esto es, clausurada mediante un pedazo de madera y tornillos. En ella no faltaban diminutos agujeros "para sapear", tapados con migas de pan y papeles. El espejo, turbio, cubierto de viejas deyecciones de "dípteros de la familia de los múscidos", vulgo moscas, servía para contemplar dos veces al día mi visaje igualmente enturbiado en los primeros embates del oleaje vital. La propia experiencia me había indicado en qué clase de pocilga habitaba.

Una noche, a la salida del garito, donde cenábamos en compañía de gente espantosa, Bernal me convidó a un centro de baile llamado EL CAMARON SONRIENTE. En dicho centro enseñaban diversos bailes de la época: el paso balancé, el valse renversante, el paso de patineurs, la polka, el paso bourré, el paso pirueté y la mazurka. El director era un hombre de pera rubia, pequeño y fuerte, llamado Franco Zubicueta. Don Franco pretendía reformar la sociedad mediante el ejercicio del bailongo; además, creía que Chile sin baile era país perdido. Las muchachas parecían modistas, algunas muy bonitas y chinchosas.

—¿Sabes bailar? —me preguntó Bernal.

—Muy poco. He tomado clases con el señor Green, en Valparaíso.

—Ah, sí. Un hombre imponente, parecido a Arturo Prat.

—El mismo. Me enseñó polka, cueca y cachucha —le respondí.

Bernal soltó la risa. Esos bailes no servían para nada, exceptuando la cueca. En el "Camarón Sonriente" se hacía llamar José Narbona, para no usar su apellido verdadero, que el creía poco menos importante que Gales o Romanoff.

La sala de baile era espaciosa. Había bancas de madera ado-

Urmeneta. El aspecto tétrico de Valparaíso, que para mí se condensaba en los acordes de la ópera "Guaraní", había desaparecido. Estaba en el otro lado de la ciudad, en la parte de los negocios, de las tiendas de lujo y de las tabernas de marinos.

—¿Has ganado algo en este **pandemonium**? —me preguntó Stepton.

—Te digo que no especulo, ni tendría cómo hacerlo. Vivo del sueldo y soy cajero. Power no quiere que juegue.

—Si no tienes temperamento de jugador mejor será que cambies la rueda del agio por las ruedas de las trilladoras. A la Bolsa no le convienen los moralistas y el chanco limpio no engorda. —Me tomé de la solapa y añadió en tono confidencial—: A veces creo que la mina de Power es un mito.

—Sí, Stepton. Yo también creo que es un mito, pero ¿qué importa? Sigamos viviendo de este cuento maravilloso y no digas en tono de burla que la musa de Valparaíso es la Bolsa. ¡Pues bien! Te juro que hay cierta poesía en esta vida. El dinero es poético. ¿Qué ganas tú con soñar con mujeres divinas, con castillos y barcos de placer si no los puedes comprar?

—Vamos a tomar algo —replicó Stepton, dando a entender que prefería ingurgitar realidades antes que ilusiones.

—Por otra parte —le dije— este barro me acomoda.

—Es según —me dijo—. A mí me gustaría habitar en los cerros para ver los temporales y los incendios.

En seguida se despidió.

No le hice caso. La Bolsa me tenía preso en su brujería. El juego acostumbra al organismo a las emociones fuertes y viriles; después de la Bolsa vienen los studs, las potrancas, el póker, el bacará, el whisky, los viajes y los lujos. Los agiotistas se vuelven unos heliogábalos, a menos que no salgan del rango de crupieres. El más notable cambio de esos años fué el comienzo de mi estimación por el gringo Power. Era un hombre excepcional, serio y animado de un deseo invencible de servir a los chilenos, de educarlos y levantarlos. Según él, era Chile la primera nación de la América Española.

No obstante el progreso y el cosmopolitismo, Valparaíso padecía de las manías de los pueblos chicos. Solamente los gringos demost-

*En una
nómina.*

ban un tacto especial para vivir olímpicamente, ajenos a las pequeñas intrigas. Yo no podía librarme de las manías microscópicas y de orden visual. Sin que odiara a nadie, tenía mis preferencias y mis repugnancias. El paso por el centro de la plaza, entre los fuegos cruzados, cuando el público se sentaba a observar me producía miedo, ese miedo bochornoso y deprimente, de arraigo natural y local, como las emanaciones tóxicas del litre. Ello provenía del aburrimiento mortal, de la vida tacaña y agazapada en prejuicios, condensada en la parte vieja de la ciudad, entre la Plaza y el Barón. En ese pozo, un hecho insignificante, un incidente callejero, que en otras partes del mundo pasa y se olvida, tomaba proporciones fabulosas; el menor gesto equivocado; un tropiezo en la calle por ejemplo, se asimila despaciosamente, se digiere con fruición durante años y decenas de años para tormento del afectado.

¡Qué tiene de extraño que a mi espíritu le repugnen constantemente ciertas niñas sarcásticas y feas cuyo delito consistió en saltar risotadas escandalosas cierta noche que rodé por el piso del salón de patinar! Ese hecho, esa pavería bastó para que odiara a esas niñas que hoy son viejas.

La estabilidad de un suceso sin importancia, la rutina, el miedo al qué dirán, el miedo de los padres a sentirse retratados en la audacia y la originalidad de los hijos, el terror a las expansiones naturales de los temperamentos, se condensaban para mí en el llamado Parque y en la ópera "Guaraní". Basta que haya escuchado esa bellísima música en la peor época de mi infancia, para que la odie.

Me agradaba sumirme en el afiebrado tumulto de las "ruedas" de la fortuna. El puerto, con sus negocios quiméricos, sus ostras, sus vinos y sus rincones galantes, era el marco apropiado para los caracteres expansivos y virginales. El juego hacía salir el dinero de sus madrigueras. El dinero, encajonado en los despachos o metido en las fortalezas de los bancos, saltaba de unas manos a otras. Triunfaba el menos indicado; no se precisaban preparación ni talento. Tiendas, hoteles, caballerizas, studs, modistas de París, afloraban como callampas bajo la lluvia de oro.

La parte colonial con sus iglesias viejas y feas, era el revés. La población enriquecida prefería el plan, el Cerro Alegre y Viña del

El crecimiento de Génova, de Venecia, de Marsella y de Barcelona depende en parte de la posición y en parte del patriotismo de sus hijos. Valparaíso, la ciudad del viento, ha sido albergue pasajero de la gente que cobijó. Nada queda para insinuar al viajero su esplendor comercial; no posee joyas de arte capaces de figurar en las guías del turista. En cualquier poblacho de Europa hay alguna torre, algún arco o acueducto revelador de las generaciones que pasaron. En Valparaíso no permanece nada. Una lectura de los epitafios en el cementerio nos hará saber que no quedó nadie; no hay una familia antigua en el puerto, como no sea de changos; ningún porteño célebre es hijo de porteños. ¿Y eso proviene de qué? De que el hombre de dinero no creyó en el arte. Solamente el arte atrapa a la gente y la hace permanecer; lo más sutil tiene la mayor fuerza para arraigar. No hay una maravilla de arte en el puerto. El hombre pasó como la manga de langostas y si me pidieran la definición de la arquitectura yo diría esta sola palabra: calamina. No se ve otra cosa, como para probarnos el carácter pasajero y transitorio de la ciudad. El rumor que arrulló nuestra cuna es aquel ruido del viento sur cuando suena en las latas de los techos y los alambres del teléfono. Viento y lata.

Encendió un puro después del café y murmuró en mis oídos:

—Ahora vamos a consumir una ponchera en homenaje a Venus.

Salimos del **Torre Eiffel**. La noche era fría y húmeda. En la puerta unos chiquillos vagos con medallitas en los pechos desnudos buscaban asilo. A poco de internarnos por una callejuela cercana a la caleta de pescadores, preguntamos a un transeúnte:

—¿Conoce la casa de la señora Ismenia?

—Sí. Donde vea una herradura y un letrero que dice **clausurado**, entre derecho.

Seguimos hasta llegar a una casa cuya puerta estaba hundida, cual ocurre con frecuencia en el viejo Valparaíso por la constancia con que sube el nivel de las calles. Un letrero decía **clausurado**, bajo la herradura policial. Nos olfatearon desde la rendija:

—Dentren.

Pasamos por un patio al **salón**, que tenía muebles de felpa azul, oleografías de Maldini y espejo con marco de escayola coruscante,

con aire de león. Dijo m... muy fuerte y salió sin saludar a nadie.

Regresó a la casa. Se quitó el smoking, llamó a Perpetua y le dijo:

—Tome este smoking. Puede servirle para forrar y retobar. Traiga los porotos y la carne fría.

No volvió a un banquete, y dijo del Club que era el centro organizado de la estupidez. No cambiaría, según él, la charla de su jardinero por la de un clubman "leído" y "viajado".

Mis amigos no osaban preguntarme por mi padre. Stepton le admiraba de manera ruidosa y repetía anécdotas verídicas o inventadas, pero pocas veces en mi presencia. Le citaban como ejemplo de testarudez. Un español viejo, que le conoció en la calle de Prat, me dijo hace poco:

—La actitud de su padre era muy española. Se declaró solo contra el mundo.

Como la sociedad es un concurso de claudicaciones, o *modus vivendi* de devoradores hipócritas, el carácter ultranciero de mi padre carecía de utilidad pública. Comenzaron a inventarle rarezas y le aislaron. No servía para el mundo. Le miraban de través y cuchicheaban tras de su sombra. La última enfermedad, y la única grave que le conocí, le sorprendió sin amigos.

Comprendí que se acercaba el fin una mañana magnífica de sol. Me llamó a su cuarto y vi con dolor y sorpresa que se había levantado y vestido de negro; pálido y bien peinado, me esperaba. Sacó del fondo de su cuerpo la voz más estruendosa y solemne de que era capaz, para decirme:

—Pórtate siempre con honor y como hombrecito. Con honor, con ho... nor. No te importe el desastre... No aflojes nunca. ¡Honor!

Estiró su mano huesosa y apretó mi diestra con furor. Después retrocedió un poco, tosió y se derrumbó en la silla que estaba cerca de la cama.

No volvió a levantarse más. No supe cómo murió, ni vi en su rostro un signo de dolor. Quedó rígido, con los ojos extrañamente abiertos y retadores. Una de sus manos permaneció crispada en el

dioses y las diosas del tiempo pagano, sin olvidar a Astarté, a Isis y a Venus.

San Buenaventura sana el mal de aventura; Santa Apolonia, el dolor de muelas; San Antonio, casa a las solteras; San Bonifacio engorda a las flacas y así en adelante. Yo me incliné bajo los pies admirables de Nuestra Señora del Buen Viaje, en la iglesia de Copacabana, nombre quechua, posiblemente anterior a Isis y a Venus.

le gustaba el trago. Vendió mi pastelería y me llevó a Limaz, en la calle del Huevoz número 332. Al principio me causó estupor la vida de mi marido. Yo no conocía estos negocios. Después he comprendido que en ellos y con maña se puede ser útil. Me trajo a Bolivia. Tuve dos hijos con él. Uno lo dejé en Chile, al cuidado de una hermana, y éste, el mayorcito, me lo traje.

Al decir así mostró al niño con tipo de indiecito boliviano.

—¿Y el marido?

—Es finado. Se tomaba toda la plata. Cuando murió quedé en la miseria, con los niños. Entonces no tuve más remedio que seguir con el negocio de casas. Ya entendía el manejo de ellas.

Cuando habló así creí ver en doña Carmela el símbolo eterno de Chile, esto es, la mujer sana que pasa por la calle apuntalando a un borracho.

—Yo acondiciono las niñas, las educo y a veces les hago un porvenir. Me llaman "la mama". La que quiere se va. Mi marido me dejó seis niñas. Me quedan tres chilenas y una de Arequipa. Si se van me iré yo también a Valparaíso. Estoy deseando comer congrio. No me arrepiento de lo hecho y ¡al contrario! Me dieron la casa y yo la adecenté. La más bonita de las niñas se me fué con un griego.

—¿Un griego?

—Sí, señor. Un perfecto caballero. Trabajaba en Oruro; había llegado de 25 años y tenía 47. Sufría convulsiones nerviosas; la noche le daba terror. Yo le presenté a la Lucrecia y ella le dió la vida. El amor no es solamente lo que creen... Si a usted le duele una muela ¿Adónde va?

—Al dentista —le respondí.

—¿Si le duele un pie?

—Donde el zapatero.

—Si el reloj se le taima va donde el relojero... ¿no es cierto?

—¡Claro!

—Bueno. Estas casas son para los que sufren de lo más importante que tienen. El griego sufría del mal sin nombre, del mal del perro, del mal del canario, del mal de todo bicho viviente. La chiquilla lo sanó. Se casaron.

mi amigo Stepton. A manera de detalle interesante no dejaré de recordar su exquisita manera de tomar las copas, de sentarse y de escuchar cuando les hablaban. La influencia de la casa de su patrona era evidenciada minuto tras minuto. Acaso por esa misma influencia organizadora y fuerte circundaba la crudeza de su oficio con la aureola de un doctorado. Buena prueba de ello me dió cuando me dijo que pasara a "descansar".

Valientemente me atreví a insinuarle la idea de "descansar" en sus propios encantos, y aún cuando ha mucho tiempo que no ejercitara la profesión le agradó mi manera disipada de resolver mis preferencias; me echó los robustos brazos al cuello y me llamó "picho".

Se asombraba doña Carmela cuando le narré las peripecias de mi viaje, de que hubiera podido pasarme sin "descansar" desde mi despedida del viejo Almendral. No mentiría si dijera que rodó una lágrima por sus cachetes eminentes y saludables cuando le dí el adiós, antes de bajar en dirección a la vieja Plaza Murillo.

Las ocho de la mañana daban en el campanario de Nuestra Señora de Copacabana.

En efecto, me sentía más fuerte, más ligero, más viril y descansado.

Nunca más he vuelto a ver a tan valiente misionera del amor.

El amor es el más arduo problema del mundo, no obstante su aparente sencillez.

Pocos padres están de acuerdo con otros respecto de la educación sexual de los hijos.

¿Empezar temprano?

¿Empezar tarde?

¿Continencia?

¿Matrimonio infantil?

Nadie lo sabe.

El amor, dicen algunos, es la ley que manda tener hijos sanos y hermosos. En busca del equilibrio y de la armonía de los futuros frutos, el hombre nervioso y seco de carnes buscará la mujer ajamónada y tranquila; el grueso, pequeño, seguirá febrilmente a la mujer de estatura elevada. "El amor no es otra cosa que la mater-

Muy bueno

Intención al andar en sajejo ingeniería mente y dante

cosas trabaja; la primera por haber mantención; la segunda cosa era por haber juntamiento con fembra placentera”.

En el tiempo que yo llevaba de viaje, desde mi salida de la costa chilena a cero metro sobre el nivel del mar, hasta mi llegada a Bolivia, con tres mil metros de elevación, me había preocupado de “haber mantención”, pero no así de “haber juntamiento con fembra placentera”. Las cholitas que encontrara en mi camino me parecieron bonitas y de aspecto extraordinariamente fino, eso sí herméticas y lejanas. Es Bolivia el país más interesante y quizás el más inteligente de América. Por lo mismo y por la calidad aristocrática del indígena, las mujeres permanecen fieles a ciertos ritos secretos y sutilísimas señales de raza que nos hacen sentirnos terriblemente foráneos. Las cholitas graciosas y refinadas que veía en los mercados usaban trajes regionales, botas altas, sombreros de estilo cordobés, trenzas y un sin fin de polleras, todo lo cual les daba un carácter aún más clausurado y alejador del forastero.

La sola idea de ir despojando a las cholitas de sus polleras campanudas, para llegar al fondo de la alcachofa, era ya un problema. Además de eso el pueblo de Bolivia conserva su idioma milenario de imágenes y de onomatopeyas, a manera de guardián de la pureza espiritual.

Sea como fuere, el hecho consiste en que las chilenas son casi las únicas importadoras conocidas de las tiendas de ilusiones. Por lo mismo las quieren o las odian. Así ocurrió con Fresia Coronel, cuya historia contaré.

Algunos pueblos producen mujeres de la vida; otros no. En el mundo antiguo Grecia; en el moderno, Japón, Francia, Alemania, España, Polonia. Caso curioso es el de España cuyas Encarnas, Lolas y Milagros, de mantilla y guitarra, surten al vecino Portugal de vida galante. En América, es Chile el surtidor de dicha variedad de mujeres. Donde oigamos el rasguear de una guitarra en calles del pecado, de Magallanes a Panamá, podemos asegurar que andan chilenas de por medio.

Los viajes suelen llevarnos a distintas y herméticas ciudades; en ellas sabremos apreciar el valor insuperable de las tiendas de ternura llamadas prostíbulos. Son las casas de las misioneras del amor, o veró-

—¿Qué quiere decir Kachasiqui?

Quedó un largo rato sin responder, mirando el suelo pelado y frío de la habitación, transido de desconfianza y de sorda curiosidad.

—Usted sabe mejor que yo, puis.

—Le juro que no —respondí.

—Bueno, puis. Kachasiqui significa poto lindo.

Al alba del día siguiente partimos en compañía del francés Dubois.

Después de incontables peripecias y de soportar el frío glacial de las alturas, divisamos en un hoyo profundo las casitas y la iglesia de estilo barroco de un pueblo enano y hermoso, como de “nacimientito” pueril. El ambiente de misterio en esos parajes era aún más fuerte que en La Paz. Nos encontrábamos en Arqueros de la Sierra, feudo de la renombrada familia Alcapachulla. En la circunstancia recordé las campañas chilenas de la sierra y me sentí fuerte.

Cutiflay, del mucho remojarse por dentro, “contra el soroche”, llegó con una mona imposible de describir. El indio que nos servía de guía nos llevó a la posada del pueblo, grande y cervantesca. En el patio se veían mulas pianeras, sacos de mercancías, llamas y pongos. Con mucho asombro y satisfacción supe que mis pongos habían llegado antes que nosotros con el equipaje. En el momento los tenía ocupados el alcalde en el barrido de las calles. Los pongos son unos hombres fortísimos, esclavos indios al servicio de todo el mundo. Cuando me vi solo y descansando recordé los consejos de mi padre. Según éstos, el primer deber de un viajero consiste en ir a misa y el segundo en visitar a la señora más anciana y distinguida de la población.

Para el caso ésta se llamaba doña Petronila Ballesteros de Alcapachulla. El lector verá cómo el destino hizo imposible un comportamiento ajustado con los deseos de mi augusto padre.

La propaganda contra Chile no cesaba entonces y la masa popular en Arqueros sostenía el error de que los chilenos venimos al mundo provistos con un apéndice peludo en salva sea la parte. La cholita de la fonda manifestaba un terror mixto de curiosidad cada vez que me veía en paños menores, esperando entrever mi adorno caudal.

Antes de ir a misa dí un paseo. Para los amantes del coior es Bolivia la paleta más renovada y agradable; no se cansaban mis ojos de mirar las novedades, ya fueran cholas lavando en el río, ya fueran los mercados, o cornucopias de inconcebibles productos, tales como víboras vivas, en polvo o en charqui; apasancas, o arañas gigantes, encerradas en jaulas; cochinillos, conejos, gallinas, "ekekos" y "alacitas", tejidos de diversas descripciones; quesos y leche de llamas, mezclados con frivolidades para recrear la vista. Algunas costumbres me sorprendían y dejaban perplejo, así por ejemplo el anuncio de un "viborero", extraño individuo dedicado a domar víboras de diversos aspectos, hasta poderse contar en su jaula de sesenta clases.

En llegando a la plaza mayor vi casonas de piedras patinadas y balconajes de hierros follajeados en alardes heráldicos y artísticos. Una de ellas mostraba las armas de doña Petronila Ballesteros de Alpachachulla. Pero lo más singular consistió en los letreros, a tiza o carbón, según fueran las murallas oscuras o claras. Estos letreros decían: ¡Abajo la **Kachasiqui!** ¡Fuera las chilenas! ¡Mueran las **Custunsiquis!** ¡Abajo los **Suakaras!** ¡Queremos puerto y no prostitutas! ¡Venga Antofagasta y llévense la **Kachasiqui!**

A medida que me internaba en la parte alta del pueblo, en una calleja de subida, los letreros arreciaban. En cada uno de dichos escritos presentía el turbión seductor y peligroso que iba dejando Fresia Coronel en su paso por las canchas de Melgarejo.

Pregunté al rondín si había calle con nombre de general o de batalla, seguro de que en ella encontraría la casa de la chilena. Por antiguo y extraño designio las misioneras del amor hacen sus nidales en calles recordatorias de hazañas marciales. Buena prueba de ello tenemos en las de Maipú, Erasmo, Serrano, Eleuterio y Sama de nuestra capital.

Algunas partes de mi aventura me parecen más soñadas que vividas y a veces dudo de mí mismo. Por primera precaución recomendé a Cutiflay la prudencia y el silencio. Si alguien se enteraba de mi propósito de raptar a la chilena podríamos pasar malos ratos.

Pero Cutiflay, adelantándose a mis ideas, me confió que había raspado su nombre del salvoconducto para poner Piter Tapman, de Liverpool. En adelante hube de llamarle Piter.

mismo no le pregunté cómo pudo llegar hasta ese ombligo de la tierra.

Gran parte del pueblo se encontró esa noche frente a la puerta de la cárcel, donde relinchaban los caballos ensillados. Como no pudiéramos obrar por eso me invadió un desaliento vergonzoso, o miedo plagado de peligros. Me pareció que me alejaba de manera vertiginosa de mi patria, la que no vería más, con sus ríos, sus mares, sus parrones y sus Fresias. Sin embargo dormí bien. Al otro día, de amanecida, entró Cutiflay a decirme que el gabacho había desaparecido con los caballos buenos, con el cerdo de leche y las gallinas. Este nuevo golpe me aplastó. La incansable Fresia apareció poco más tarde; me dijo que iría a caballo con ropas de minera boliviana. Por la calle y en el camino, hasta perderse de vista, venían caravanas de llamas y de pongo desde el lado sur. El paisaje se había vuelto para mí de una tristeza inenarrable, como si se aprestara a ahogarme. A la hora de almorzar Fresia dijo que se había despedido de las chilenas; enjugó una lágrima.

—¡Pobrecitas! Yo me voy... y ellas no pueden acompañarme... las enterrarán aquí. Son más buenas de lo que parece —Una idea alegre disipó de pronto sus penas y cambió el tono de su voz. —Estamos salvados —dijo—. Tendremos los caballos esta noche y un oficial del ejército boliviano nos servirá de guía.

Fresia comenzaba a ser un enigma para mí. No era comunicativa; ni se le podía tirar una palabra respecto de sus aventuras. Solamente por los relatos pude hilvanar algo; según estos relatos, el Padre Chinchilla hombre rico, solía ir al extranjero, donde vestía de civil de manera impecable. En uno de dichos viajes conoció a Fresia y le declaró su amor. Cuando ésta comenzaba a sentir por él cierto afecto, le descubrió súbitamente su calidad de representante de Cristo; la abofeteó y la cubrió de injurias. Era una manía del Padre Chinchilla; los rumores populares pretendían que en diversas ocasiones gastaba ropas de petimetre, se hacía invitar a los saraos para lucir su figura ventajosa, la que unida a una verba flúida deslumbraba a las muchachas de la mejor sociedad. Una vez que accedían a sus proyectos donjuanescos las cubría de injurias y las abofeteaba diciéndoles que estaban poseídas por los siete demonios

tiempo atrás. Cutiflay apareció poco más tarde luciendo su incomprendible jerga.

Al día siguiente, antes que aclarara, emprendimos la marcha. Calándose el kepis el capitán Coronado largó una de sus sentencias:

—¿No ve usted? —monta como nosotros—. ¿No es verdad?

Fresia apretó las piernas y salió al trote. Iba montada a lo hombre, a horcajadas, en un caballito vivo, de buena rienda.

—El mundo —siguió diciendo el capitán— se rige por el hambre, el miedo y el amor. Al fin todo es uno y lo mismo. La víbora no ataca por ferocidad, sino por miedo; el jaguar no le atacará si usted le vuelve la espalda; si le mira de frente, saltará sobre usted presa de miedo; el caballo se volverá manso si usted le halaga el lomo y no le demuestra miedo, por cuanto el miedo es la pasión más contagiosa de las especies vivientes; el que tiene miedo comunica su propio miedo, lo siembra y lo cosecha en su alrededor. He visto domar potros salvajes en Argentina y le puedo asegurar que el secreto del domador consiste en domar primeramente su propio miedo.

Amanecía cuando llegamos frente a un paisaje sobrecogedor; muros naturales de basalto circundaban un espacio enorme. Silenciosas, siniestras, barridas por el viento en la distancia, unas ruinas, o flores de piedras elevadas a remotas teogonías, dormían en el olvido. Mucho más lejos se divisaban los puntos movedizos de un rebaño de llamas. Paisaje impenetrable y frío, de más allá del mundo, hecho para seres sin nervios y para mirarlo a través de cientos de generaciones masticadoras de la hoja sagrada de la coca. Inclinado en el cuello de su caballo el capitán Coronado escupió la coca que llevaba en la boca y murmuró impasible:

—Yo soy de aquí.

Quedamos mudos largos instantes. Cutiflay empinó el codo, Fresia irguió su cuello y miró a su alrededor haciéndose visera con las manos entumidas. No manifestó emoción; la mujer no siente el espanto espiritual. ¡He ahí la ventaja de la criolla en el paisaje americano! Ella no usa su espíritu; no lo malgasta.

El capitán despidióse de nosotros en Viacha y tardamos algunos días en el pueblo, antes de dirigirnos a un empalme con el ferrocarril